

Representaciones sociales sobre migrantes bolivianos: persistencia de discursos históricos sobre la “otredad”

Gilda Ivana Gonza*

*El eje-interrogante que guiará el análisis del presente artículo consistirá en analizar en qué medida existe una continuidad o simetría entre las representaciones de docentes nativos sobre migrantes bolivianos y ciertos discursos racistas que tienen su genealogía en la construcción del Estado-nación argentino. Con este fin, se analizaron catorce grupos focales** realizados en el marco del proyecto UBACYT (2004-2007)^β.*

PALABRAS CLAVE: representaciones sociales – discriminación – migrantes – discursos históricos – identidad nacional.

Tal como se mencionó anteriormente, el objetivo del presente artículo es analizar las diversas representaciones sociales que los docentes nativos construyen sobre migrantes bolivianos. Se parte de concebir a los docentes como agentes socializadores de la institución educativa, la cual ha cumplido históricamente un rol protagónico en la producción y reproducción de la identidad nacional. Como sostiene Balibar (1991), la escuela constituye una institución clave en la producción de la forma nación y en la socialización de los individuos en torno a una pertenencia nacional; es decir en la producción de una “etnicidad ficticia”, a partir de la cual prima la diferencia simbólica entre “nosotros” y los “otros” como una diferencia irreductible. La institución escolar constituye uno de los dispositivos (además de la justicia, las fuerzas de seguridad y los medios de comunicación) por medio de los cuales el Estado administra la diversidad étnica para disciplinar aquello que se considera como ajeno o extraño (Cohen, 2009).

En el complejo proceso de constitución de la identidad nacional argentina jugó un papel importante cierto discurso histórico que habría de ser fuertemente influido por el darwinismo social y el pensamiento racista¹ de la época hacia mediados del siglo XIX. La construcción del estado-nación, implicó un proceso histórico, atravesado por distintas luchas al interior de la clase dominante a lo largo del siglo XIX. En la construcción del estado argentino moderno, jugó un papel decisivo una “minoría ilustrada”: intelectuales que estuvieron fuertemente imbuidos por el paradigma positivista y por ideas liberales (como Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre entre otros). Ellos tenían entre sus principales proyectos para el futuro el de poblar el “desierto” por medio de la inmigración.

1 Tzvetan Todorov distingue entre racismo y racialismo, términos complementarios. Racismo se refiere a los comportamientos mientras que racialismo designa las doctrina (Margulis, 1998).

* Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

** Cabe destacar que la particularidad de haber trabajado con grupos focales radica en que en los grupos de discusión cada sujeto no es concebido como una unidad de información independiente, sino como parte integrante de un todo. El grupo de discusión permite construir un discurso colectivo y el análisis de dichos discursos debe tener en cuenta también esta característica (Ibáñez, 1992).

^β El proyecto UBACYT de programación 2004-2007 se denominó “La discriminación hacia el extranjero como táctica de disciplinamiento social” y fue dirigido por Néstor Cohen.

Las ideas de dichos intelectuales sirvieron de fundamento ideológico para llevar a cabo la “Conquista del Desierto”², que implicó el exterminio de aquellas poblaciones originarias vistas como “indeseables”, que se resistían a incorporarse al nuevo modelo agroexportador y por lo tanto implicaban “atraso” para el proyecto de nación. Por el contrario, era necesario poblar el “desierto” argentino, fomentando la inmigración de población europea, visualizada como elemento indispensable de “progreso” y “modernización”.

El proyecto de construcción de naciones implicó como señala Bauman (1998), una elección sombría para las minorías étnicas: asimilarse o perecer. El objetivo de las presiones asimilatorias era despojar a los “otros” de su “otredad”, y de este modo homogeneizarlos, hacerlos indiscernibles en el resto del cuerpo de la nación. La decisión respecto a quiénes eran aptos para la asimilación tenía que tomarla la clase dominante y no la minoría dominada. De esta manera, en Argentina, aquellos grupos aborígenes inasimilables para el avance del capitalismo agroexportador debían perecer y fueron exterminados en un verdadero avance genocida. Por otro lado, aquellos que podrían llegar a ser asimilados, lo hicieron siempre y cuando no “contaminaran” al cuerpo nacional, es decir mientras perdieran el estigma de su otredad; o bien, mientras permanecieran confinados a las zonas más inhóspitas e improductivas del territorio argentino (Solodkow, 2005). Cabe mencionar las palabras de Cohen (2009) al respecto, quien argumenta que aquella generación de políticos-intelectuales utilizó trazos muy definidos acerca de quiénes integraban la comunidad de los ciudadanos, de los dignos, y quienes quedaban fuera. Lo cierto es que en el proyecto de estos intelectuales, de ninguna manera se podía concebir que la construcción de la nación incluyera a esa amplia proporción de habitantes no blancos: indios, negros y mestizos. En el discurso racialista de la época los pueblos aborígenes eran considerados como razas inferiores, como la “barbarie” a civilizar.

Como se dijo anteriormente, si bien la migración transatlántica o tradicional fue vista como elemento indispensable de “progreso” y “modernización” desde la construcción discursiva de estos intelectuales³, la migración actual de países limítrofes -y en particular de población boliviana- no ha sido bien

repcionada desde la sociedad civil y en especial desde los medios de comunicación y algunos líderes políticos. Ello es porque a partir de la década de los noventa ha ido resurgiendo un discurso neoliberal y xenófobo según el cual los migrantes externos, y particularmente los de países limítrofes, serían visualizados desde la perspectiva de la sociedad receptora como los causantes de la desocupación y “usurpadores” de los servicios públicos. Asimismo, se ha asociado la migración actual al aumento de la tensión e inseguridad urbana (Mármora, 2002).

Ahora bien, hablamos justamente de un *resurgimiento* de un discurso xenófobo, ya que no es un fenómeno reciente sino antiguo que presentó diversas manifestaciones a lo largo de la historia. Diversos autores señalan que se trata de un proceso que encuentra sus huellas históricas en la constitución del Estado moderno, hacia mediados del siglo XIX y que encuentra ecos en la discursividad social actual (Margulis, 1998; Solodkow, 2005; Cohen, 2009). El discurso decimonónico difundido por la generación del 37 y más tarde por la generación del 80 fue de tal fuerza que resuenan sus ecos aún hoy aunque con ciertos matices. Sin embargo: “Si bien el discurso actual evita el uso grotesco racial y brutalmente discriminador que se observa en estos testimonios, no deja de mostrar simetrías interesantes cuando alude a las migraciones sudamericanas” (Cohen, 2009, p. 18). Y en esta misma línea, Solodkow (2005) sostiene que ciertos intelectuales argentinos del siglo XIX (como Echeverría, Sarmiento, José Ingenieros, Ramos Mejía, entre otros) sentaron las bases de la xenofobia argentina. Dicha “estructura xenofóbica” continúa operando toda vez que un inmigrante boliviano, peruano o brasileño (aquellos que portan en su cuerpo las marcas de su origen no europeo) llegan a la Argentina y son designados despectivamente como “bolitas”, “perucas” o “brasucas”. Por su parte, Margulis sostiene que esta visión etnocéntrica sobre el “otro” cultural y étnico se constituye ya desde la época de la colonia y se refuerza durante la Conquista del Desierto, configurando un proceso que denomina como “racialización de las relaciones de clase”: “los fenómenos de discriminación, descalificación, estigma y exclusión, que en nuestro país (y en América Latina) afectan a grandes sectores de su población-la más pobre, la que tiene menos oportunidades, la más marginada-la población de origen mestizo-tienen su origen en el proceso histórico de constitución de las diferenciaciones sociales que se organiza, desde un inicio, sobre bases raciales” (Margulis, 1998, p. 38). Es decir, de acuerdo a este autor, las manifestaciones de exclusión, discriminación y rechazo, están dirigidas a grupos o integrantes de esos grupos que poseen ciertas características: rasgos corporales (origen indígena o mestizo), origen migratorio y ubicación desventajosa en las posiciones de clase.

Entre los intelectuales que jugaron un papel primordial en la construcción del estado-nación podemos encontrar a

2 Entre 1879-1889 se llevó adelante la conquista militar de la patagonia –proceso conocido con el nombre de Conquista del Desierto- y entre 1884-1917, expandió sus fronteras sobre el nordeste en la región chaqueña, acontecimiento conocido como Conquista del Chaco. Estos hechos, precedidos entre 1874 y 1875 por la Campaña de la Puna o “de Susques”, contribuyeron con su resultado a la cristalización de la República Argentina bajo la matriz estado-nación-territorio

3 Es necesario aclarar que la población migrante de ultramar que efectivamente llegó al país no era la población que se consideraba deseable, en su mayoría italianos y españoles del sur. Menos aún aquellos que por su ideología (socialistas y anarquistas) eran visto como peligrosos y hacia quienes se aplicaron políticas estatales tendientes a su control migratorio estratégico. Tal es así que estas políticas cristalizaron en leyes como la Ley Residencia (1902) y la Ley de Defensa Social (1910)

Juan Bautista Alberdi. Dicho intelectual sostiene en sus Bases que la Constitución que mejor conviene al “desierto” es la que sirve para hacerlo desaparecer, el fin político que debe perseguir América es “gobernar es poblar”, asimismo sostenía que la incorporación de población anglosajona actuaría como contraste para superar la “barbarie” representada por indígenas, mestizos y criollos: En palabras de Alberdi: “[...] es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona⁴. Ella está identificada al vapor, al comercio y a la libertad, y nos será imposible radicar estas cosas entre nosotros sin la cooperación activa de esa raza de progreso y de civilización” (Margulis, 1998, p. 101).

En el caso de Sarmiento, este intelectual admiraba el rápido desarrollo de Estados Unidos y lo atribuía al hecho de haber excluido política y socialmente a indios y negros. Para Sarmiento el mal que aqueja no sólo a la Argentina sino a América toda se debía a la mezcla racial. Las causas del atraso se encontraban en la falta de educación general, en la falta de inmigración europea sajona y en la mezcla racial. Sarmiento sostenía que para alcanzar el progreso: “Había que borrar hábitos y costumbres heredados de la conquista, pero igualmente lavar la sangre de etnias que habían mostrado su incapacidad para la civilización”. (Solodkow, 2005, p. 98).

“Lavar la sangre”, puede interpretarse como un postulado que luego retoma la Generación del Ochenta no sólo en su fomento de la inmigración europea sino también en el genocidio perpetrado durante la Conquista del Desierto. Para Sarmiento, la única esperanza para alcanzar la civilización y el progreso consistía en la inmigración europea.

En muchas de sus obras Sarmiento presenta el discurso “civilización y barbarie” en términos de matriz dicotómica excluyente: “civilización o barbarie”. En *El Cacho*, según Venturelli (2005), la oposición civilización y barbarie refleja la contradicción entre dos proyectos de clase-nación. Del lado de la barbarie se encuentra el caudillo federal del interior, campesino, bandido y nómada: el Chacho; del lado de la civilización se encuentra el ciudadano ilustrado, hombre civilizado con el ideal de traer las industrias y ver desarrollado el país bajo los cánones del progreso: Sarmiento.

Por otro lado, en *Conflicto y armonía de razas en América*, obra de la última etapa de Sarmiento, resulta fundamental el componente racial ya que a partir de él se estructurarán las relaciones de atraso/progreso y civilización/barbarie (Solodkow, 2005). En esta obra el autor intenta realizar una clasificación etnológica de las razas originarias de América, pero

carece prácticamente de datos. En lugar de una clasificación, lo que se manifiesta es un reduccionismo cultural y la formación de estereotipos: los sujetos “indios” son todos iguales (vagos e ignorantes). Todos los pobladores nativos del continente ostentaban una suerte de propensión al “ocio y la desidia”. Vemos aparecer el estereotipo más difundido con relación a los indígenas americanos: el de su ociosidad y resistencia al ritmo de la expansión imperio-colonial primero y a la de los gobiernos liberales después. El ocio será la marca racial que distinguirá todo lo indígena, un estigma colonial.

Para llevar a cabo su clasificación etnológica, Sarmiento divide en tres clases a las razas del continente: raza indígena (o cobriza), raza negra y mezcla de razas. La raza blanca es tratada por separado e incluida en un capítulo posterior. A su vez, la “raza indígena” es subdividida en tres subclases: raza quechua, raza guaraní y raza araucana. Sin embargo, no hay de hecho grandes diferencias entre estas razas: “En las razas indias se distinguen menos las diferencias que en las otras [...]”. Visto un indio de cualquier región, puede decirse que se han visto todos” (Solodkow, 2005, p. 103). Es decir, opera entonces la creación ideológica del estereotipo, el cual constituye una construcción histórico-discursiva que subsume la diferencia, fija la alteridad e implica “subsumir a lo otro bajo el signo de lo mismo” (Solodkow, 2005, p. 103). Paradójicamente, la clasificación etnológica de Sarmiento, es una clasificación que no clasifica. En su descripción del Otro, se unifica la multiplicidad bajo el estereotipo, encubriendo de este modo su otredad.

En la mencionada clasificación, Sarmiento se detiene en la descripción de algunos caracteres de los araucanos. La “raza araucana” aparece descrita como la más peligrosa, la menos sumisa, y la menos asimilable a la civilización europea. Los araucanos no son humanos sino “animales”, dicha animalidad es medida por la vara de la “asimilación europea”. Al operar ideológicamente la deshumanización de los araucanos, permite legitimar su aniquilación. Es decir, al deshumanizar a esta “raza”, se legitima el genocidio perpetrado durante la Campaña del Desierto. En el proyecto de nación que Sarmiento vislumbra, no había lugar para lo indígena y mestizo; por el contrario, su objetivo aspiraba a desarrollar el estado, teniendo como norte a Estados Unidos.

Si bien la clasificación etnológica de Sarmiento es una clasificación que no clasifica es útil en la medida en que en el discurso sarmientino se articulan el discurso racialista de la gran mayoría de los intelectuales del siglo XIX: “Sarmiento, en realidad, no hace más que darnos cuenta de la ideología hegemónica del blanco” (Solodkow, 2005, p. 111). Dichas corrientes ideológicas se articularon hacia el interior del aparato del Estado cristalizando en leyes y prácticas necesarias para el exterminio sistemático y negación de aquellos Otros no asimilables al proyecto del Estado-nación. El discurso

⁴ Como señala Cohen (2009), la población que Alberdi desea fomentar no es la población europea en su amplia expresión, sino que está acotado a un tipo particular de europeo: “El suelo más rico o más capaz de serlo (...) será el que (...) sea más capaz de atraer y fijar el poblador francés, inglés, suizo, alemán, italiano y español del norte (Cohen, 2009, p. 18).



sarmientino encuentra su fuerza en tanto discurso autorizado. Es decir, quien enuncia estos discursos ocupa una posición dominante, por lo que los juicios sarmientinos acerca de la existencia de “razas” y de la “inferioridad” de la raza indígena respecto de la “raza blanca” cobran el atributo de científicos y por lo tanto verdaderos para el paradigma positivista de la época.

Como se puede observar muchos de los intelectuales analizados se refieren constantemente al “otro” cultural y étnico en términos de “raza”. Ello se relaciona con el clima intelectual de la época, imbuido por un fuerte positivismo, evolucionismo y darwinismo social. En este sentido, el término “raza” pareciera establecer desigualdades en términos de inferioridad/superioridad en base a características biológicas. Si bien dicho término ha perdido su legitimidad científica, continúa operando en la actualidad aún en el plano del lenguaje como criterio de clasificación. Ello puede rastrearse en el discurso de los docentes cuando se les pregunta por su percepción sobre migrantes bolivianos, por lo general los identifican a ciertas características fenotípicas (rasgos corporales, estatura y básicamente el color de piel); asimismo, dichas características fenotípicas aparecen asociadas a la pobreza y a una determinada situación de clase:

“C: ¿Con qué lo caracterizan? ¿Bolivianos a qué?
- El color de piel es porque son descendientes de aborígenes, tanto bolivianos como peruanos”(Docente de escuela primaria pública)
- “Bueno, esta cuestión del color sobretodo. Si es medio morochito, entonces es un negrito y bueno ... y villero, y bueno ... un montón de cosas. Tiene que ver con el lugar donde viven. Por ahí viven en algún conventillo. Ya por eso los etiquetan.”(Docente de escuela primaria privada laica)

Así, “negros”, “pobres” y “bolivianos” tienden a ser equivalentes. En este sentido, la discriminación étnica, encuentra cierta base socioeconómica asumiendo el lenguaje de las diferencias fenotípicas y/onacionales, como un fenómeno evanescente y velado.

... y el tema de discriminación, ay que es morochito, cállate chocolate. (Docente de escuela primaria privada laica).
En general hay mucha discriminación. Yo conozco bolivianos que los compañeros se reían, no querían hacer trabajos en grupos con ellos.
(Docente de escuela secundaria privada laica)

Como señala Margulis (1998), los migrantes bolivianos llevan inscriptos en el cuerpo los rasgos estigmatizados: la piel más oscura, los caracteres físicos que lo identifican con lo

indígena o el mestizaje latinoamericano y todo ello amalgamado con la pobreza. De esta manera se reactualiza la “racialización de las relaciones de clase” ya cimentada desde el siglo XIX.

Ahora bien, las representaciones sociales acerca de los “otros” hablan también de cómo nos pensamos a nosotros mismos. Desde el punto de vista de los docentes nativos, los bolivianos (representantes de lo indígena por excelencia) vendrían a representar lo opuesto a lo que se considera desde el imaginario social como “lo argentino” por antonomasia, es decir la idea de una “Argentina blanca”, sin indios ni mestizos: “Bolivia, el país más indígena de América del Sur, aparece aquí como contraste con la imaginación nacional. Cuando son mirados desde el imaginario instituido, los bolivianos son el espejo invertido de los argentinos. Son lo que los argentinos niegan que hay en su país” (Grimson, 2005, p. 14).

- “Yo creo que el mismo paraguayo, o los uruguayos incluso no se sienten inmigrantes, vos tenés un uruguayo acá, les decís vos sosinmi... se caga de risas, un uruguayo no te va decir que es un inmigrante, es casi como si fuera otra provincia, perdón a la soberanía, pero no es tanta la diferencia, pero en cambio sí, tiene el peso de ser un inmigrante un peruano, un coreano u otros. - Por el color de piel, y las características...” (Docentes de Secundaria privada)
 - “Pero seguro, un uruguayo es más parecido a un porteño que a un jujeño, un jujeño es argentino, pero un uruguayo es más parecido...
 - Estamos hablando físicamente y ahí se pusieron características...
 - Física y culturalmente...” (Docentes de Secundaria privada)

En este punto también puede verse el éxito de esa construcción imaginaria ya cimentada por intelectuales como Sarmiento o Alberdi: el anhelo por una “Argentina blanca”, o el de un “enclave europeo” de América Latina (Grimson, 1999): “En un país que se pretende a sí mismo como un enclave europeo en el sur de América, que considera que no tiene “negros” ni “indios”, la presencia de personas que llegan desde el Altiplano (o que son sus descendientes) remite a una alteridad indígena, la más extremadamente distante que pueda generarse en Buenos Aires” (Grimson, 2006, p. 1). Asimismo, la idea de una “Argentina Blanca” y europea se contradice con la presencia de migrantes del interior (tanto en las aulas de la institución escolar como fuera de ella) mucho más emparentados con el mestizaje latinoamericano, es por esta razón que dicha población aparece vista como más cercana a los bolivianos, constituyendo un “otro interno”:

- “Los bolivianos me parecen muy parecidos a la gente de Salta, la onda...” (Docente de escuela secundaria privada)

Ahora bien, esta asociación entre lo indígena o mestizo como propio de “lo boliviano” por oposición al “nosotros” (europeo), se da no sólo en términos físicos o fenotípicos, sino también en términos culturales. Desde el imaginario nacional reproducido por el discurso de los docentes entrevistados, los

argentinos estarían más cercanos a lo europeo también en lo concerniente a las prácticas culturales:

- “Porque no están cercanos culturalmente, y por la historia, aparte, los que estamos sentados acá somos todos hijos o nietos de inmigrantes europeos, ¿no? y vos tenés un boliviano del altiplano o un peruano, no tiene una cultura europea como la que tenemos nosotros, no sé si mejor o peor, es distinta” (Docente escuela secundaria privada)

En dicha afirmación puede observarse que el “nosotros” como expresión de la identidad nacional aparece íntimamente asociado a lo europeo, por el contrario, los “otros” aparecen más relacionados a lo indígena (“al altiplano”) en este caso representado por bolivianos o peruanos⁵.

“ Las manifestaciones de exclusión, discriminación y rechazo, están dirigidas a grupos o integrantes de esos grupos que poseen ciertas características: rasgos corporales (origen indígena o mestizo), origen migratorio y ubicación desventajosa en las posiciones de clase. ”

En este sentido, puede verse que se reactualiza de alguna manera, aunque con ciertos matices la matriz sarmientina “civilización / barbarie” (que tuvo como eje principal el componente racial), a través de la cual se configurarán las relaciones antagónicas, y se define “lo bueno y lo malo”, “lo deseable y lo indeseable”, “lo europeo y lo indígena/mestizo” que se reconfigura hasta nuestros días. Los migrantes de países limítrofes (y en particular los bolivianos) que migran a Buenos Aires, se presentan como la “nueva barbarie”, aunque no en términos abiertamente discriminatorios, ya que por lo general, desde el discurso de los docentes se apela a un doble discurso: por un lado, la idea de la Argentina como un país de puertas abiertas y tolerante y por otro, el pedido de endurecimiento y de un mayor control fronterizo para regular la entrada de los migrantes de países limítrofes.

“Lo que pasa es que ellos vienen acá y no piensan, no tienen muchos lugares para ir. La Argentina es un lugar fácil para venir, enténdés.

5 Se puede observar en mucho de los grupos focales realizados que se da desde el discurso de los docentes una diferenciación poco clara entre los migrantes de países limítrofes (a los que se suman los peruanos), bolivianos, peruanos, paraguayos en un punto son “iguales”. A todos ellos se los enuncia indistintamente, subsumiéndolos bajo el signo de lo mismo, operando aquí la construcción ideológica del estereotipo.

Los recibimos bien. No los discriminamos, no los echamos, los educamos...” (Docente de escuela primaria pública)
 “C: ¿y que debería hacer el Estado con las fronteras? Y bueno, primero proteger las fronteras, hacer lo que hacen en otros países una visa, control de qué voy a hacer” (Docente de escuela secundaria pública)

En esta reactualización del discurso sarmientino civilización/barbarie que se vislumbra en el discurso de los docentes nativos termina presentando una “mirada polarizada entre un pueblo racional, digno y otro que no lo es” (Cohen, 2009, p. 16), legitimando “la presencia de un polo dominador y un polo dominado, de un polo cargado de racionalidad portador del conocimiento necesario para adquirir el status de ciudadano digno” (Cohen, 2009, p. 16). Es así que en muchos testimonios de docentes nativos los bolivianos aparecen como representados como la “nueva barbarie” (aunque no explícitamente en estos términos), con atributos negativos, descalificadores y estigmatizadores. Así, los bolivianos son representados frecuentemente como “sucios”, “lentos” (o de un bajo nivel intelectual) y como “sumisos” (Gonza, Lanzetta, 2011):

“C: (...) Cuando Bolivia; ¿Con qué lo caracterizan? Bolivianos a qué Sumisión
 El boliviano es más sumiso, el peruano no, el peruano es muy arrogante” (Docentes de escuela primaria pública)
 “C: ¿Qué les parecen los bolivianos? (...)
 En el caso de inteligencia, un nivel más bajo.
 Sí, casi te diría que pobrecitos les cuesta mucho.
 Poco inteligentes” (Docentes de escuela secundaria privada laica)
 “C: Me voy a los bolivianos...
 Son gente educada, cordial.
 Son sucios.” (Docentes de escuela primaria privada laica)

Otro punto en el cual puede observarse la reactualización del discurso de estos intelectuales del siglo XIX y que aún perduran en el imaginario social, es cuando se les pregunta a los docentes por cuáles poblaciones alentarían para que ingresen a nuestro país. La mayoría de las veces se prefiere a las poblaciones europeas (principalmente de Europa del Norte) o anglosajones. De la misma manera, en la mayoría de los grupos focales, se pide una mayor restricción al flujo de migrantes actuales, entre los que se incluyen a los bolivianos:

C: “¿Qué tipo de latinos y de otros países, qué tipos de inmigrantes elegirían?
 - De habla inglesa, no me refiero al australiano, al canadiense; sino Inglaterra, Reino Unido y Estados Unidos. Porque tienen una postura frente a la vida totalmente diferente a la nuestra. En todos los órdenes. (Docentes de escuela Primaria Pública)
 -C: Que países no alentarían? No alentarían si tuvieran en su poder la inmigración?
 -Todos los que están viniendo ahora”. (Docentes de escuela primaria pública)
 “C: Claro, pero me parece que están aportando dos cosas importantes. Imaginen que pudiéramos alentar la inmigración ¿Qué nacionalidades, para que ingresen?

- Europeos del norte. (...)
 - Porque en general son más trabajadores, tipo relojeros, son más ordenados. Años y años de ser ordenados a fuerza de la ley”. (Docentes de secundaria Privada Religiosa)
 “C: Y bueno, entonces si nosotros pensábamos a la inversa, si nosotros pudiéramos imaginar que podemos alentar algunas poblaciones para que vengan a nuestro país. ¿Cuáles elegirían?
 - Los canadienses.
 -El australiano, el suizo.
 -El suizo.
 -El sueco.
 -C: Por qué?
 -Ay, porque...
 -Porque tienen otra cultura del trabajo.
 -Sí, es cierto.
 -Porque tienen cultura del trabajo.
 -Tienen disciplina, cumplen las leyes”. (Docentes de escuela primaria pública)

Vemos entonces que se reactivan prejuicios ya cimentados por los intelectuales anteriormente mencionados preocupados por la construcción del Estado-nación argentino. Puede vislumbrarse que si bien la idea de “raza” como criterio de clasificación ha perdido su legitimidad científica, continúa operando en la actualidad en el plano del lenguaje cuando los docentes prefieren a la población europea o anglosajona como población “deseable” en tanto que “superior”, aunque ello no se afirma en forma explícita. Así, desde la mirada de los docentes nativos la población migrante que se alentarían se elegiría mayormente la proveniente de Europa del Norte (como Suecia, Suiza, Reino Unido) o población anglosajona (como Australia, Canadá y Estados Unidos). Esta población aparece caracterizada como “disciplinada”, “cumplidora de leyes”, “ordenados” y con una fuerte “cultura de trabajo”. Por el contrario, la población proveniente de países limítrofes sería restringida. Dichos testimonios muestran simetrías interesantes en relación al pensamiento expuesto de Sarmiento y Alberdi, ya que la incorporación de población anglosajona y europea, actuaría como elemento de “civilización” y “progreso”, como contraste para superar el “atraso”, representada por la “nueva barbarie”: la población migrante sudamericana. Estas afirmaciones pueden analizarse en tanto que dispersiones del discurso sarmientino, el cual no ha perdido su efecto performativo en la actualidad: “La única esperanza para la Argentina y para la región en su conjunto, era la inmigración europea (...) la instrucción sola no sería suficiente para sacar a la Argentina de su barbarie; se requería una real infusión de genes blancos”. (Margulis, 1998. p. 105). Y como señala otro autor: “Es por ello que, para Sarmiento —como para los tecnócratas neoliberales del presente— hay que dejar de ser América, hay que dejar de ser mestizo, hay que empezar a ser Europa blanca, o mejor, su modelo más ejemplar y exitoso en el continente: Estados Unidos” (Solodkow, 2005, p. 111).

Reflexiones finales

A partir del análisis de las representaciones sociales de los docentes respecto de migrantes bolivianos, puede decirse que pesan sobre éstos ciertos prejuicios y estereotipos racistas. Ello nos muestra que la racialización de las relaciones de clase (Margulis, 1998), presente en nuestro continente desde la situación colonial, continúa persistiendo en la actualidad. Así también, cuando los docentes afirman la mayor deseabilidad de la migración de población europea o anglosajona, se ve una continuidad con los discursos de ciertos intelectuales decimonónicos (como Sarmiento o Alberdi), que tuvieron un papel decisivo en el proceso de construcción del Estado-nación y en la difusión de ciertas tesis racialistas.

Cabe destacar que los testimonios de los docentes nativos respecto de los migrantes bolivianos como “espejo invertido” (Grimson, 2005) de lo que los argentinos son, nos habla acerca de la propia concepción de la identidad nacional, que en este caso aparece como fundada únicamente a partir de la migración europea de ultramar, reforzando la idea de que “venimos de los barcos” y negando la existencia (actual y pasada) de población indígena, mestizos y afros en el país. Es decir, dichas concepciones entran en contradicción con la idea de Argentina como un país abierto a las migraciones, o como un “crisol de razas” de América Latina. En este sentido, bien vale citar las palabras de Cohen al respecto: “A lo largo de este, aproximadamente, siglo y medio pudo haberse constituido el país como una sociedad intercultural rica en diversidad étnica, con pueblos originarios, migrantes externos de origen latinoamericano, europeo, africano y asiático. Sin embargo, no se optó por esta alternativa, siempre el modelo predominante fue el de constituir una sociedad excluyente y hacedora de una obsesión, considerar que para construir su identidad nacional debía confrontar con su propio origen, más aún debía negarlo en su calidad de tal” (Cohen, 2009, p. 20). ●

Bibliografía

Balibar, E.; Wallerstein, I. (1988) “Introducción”, “El racismo de clase”. En Balibar, E.; Wallerstein, I, *Raza, nación y clase*, Madrid, Iepala.

Balibar, E. (1991). “La forma nación: historia e ideología”. En E. Balibar y I. Wallerstein, *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.

Bauman, Z. (1998). “Modernidad y ambivalencia.” En J. Berian (Comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Ed. Anthropos.

Caggiano, S. (2005). “Lo que sea ser “boliviano”. Discursos y dispu-

tas imaginarias”, “El crisol y eltamiz. Modelos, mitos y metáforas de la Argentina de la inmigración”, en Caggiano, S. *Lo que no entra en el crisol*, Buenos Aires: Ed Prometeo.

Cohen, N. (2009). “Una interpretación de la desigualdad desde la diversidad étnica.” En N. Cohen (Comp.). *Representaciones de la diversidad: escuela, juventud y trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.

Gonza, G. y Lanzetta, D. (noviembre, 2011). “Sumisos, lentos y feos”: representaciones sociales en torno a migrantes bolivianos en la institución educativa. El “crisol de razas” hecho trizas”. En G Kleidermacher (Coord.), *Identidad y alteridad. 6º Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.

Grimson, A. (1999). “Introducción”, “La migración desde Bolivia. Migración y nacionalidad en Argentina”, en Grimson, A, *Relatos de la indiferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba

Grimson, A. (2005) “Prefacio”, en Caggiano, S. *Lo que no entra en el crisol*, Buenos Aires: Ed Prometeo.

Grimson, A. (2006). “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina”, en Alejandro Grimson y Elizabeth Jelin comp., *Migraciones regionales hacia la Argentina: Diferencia, desigualdad y derechos*, Buenos Aires: Ed Prometeo

Ibañez, J. (1992) “El grupo de discusión: técnica y crítica”. En Ibañez, J. (1992), *Más allá de la sociología*, España: Siglo XXI

Margulis, M (1998) “Una cuestión encubierta” (pp. 17-63); “Buenos Aires: genealogía de una discriminación”, en Margulis, M, *La segregación negada. Cultura y discriminación social*, Buenos Aires: Biblos.

Magliano, M. J. (2009). “Migración, género y desigualdad social: la migración de mujeres bolivianas hacia Argentina” en Revista de Estudios Femeninos. vol.17, Nº2, (pp. 349-367).

Mármora, L (2002) “Las migraciones internacionales, ¿Orden o desorden mundial?”. En Mármora L, *Las políticas de migraciones internacionales*. Buenos Aires: Ed. Paidós-OIM.

Solodkow, D. (2005), “Racismo y Nación: conflictos y (des) armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino”, en *Revista Decimonónica*, Vol. 2, Nº 1.

Venturelli, C. (2005), “El Chacho y Sarmiento: de civilización y barbarie”, en *Discurso y argentinidad*, Año 1, Número 1, Buenos Aires.